



PERIÓDICO ILUSTRADO QUINCENAL.

PRECIOS DE SUSCRICION.

A EL PANORAMA solo. Trimestre, 12 rs.: semestre, 22 rs.: Año, 40 rs.—Fuera de Valencia, franco de porte.—Trimestre, 14 rs.: Semestre, 26 rs.: Año 50 rs.
A EL PANORAMA y Las Provincias. Mes, 10 rs.: Trimestre, 28 rs.: Semestre, 54 rs.: Año 102 rs.—Fuera de Valencia, franco de porte.—Mes, 13 rs.: Trimestre, 37 rs.: Semestre, 72 rs.: Año, 139 rs.

Números sueltos. Para los suscritores á Las Provincias, 1 rl. en Valencia y 1 y cuartillo fuera.—Para los que no lo sean, 2 rs. en Valencia y 2 y medio fuera.

AÑO I.

Valencia 28 Febrero 1867.

NÚM. 4.

D. Miguel de Braganza.

El día 14 del pasado Noviembre murió en Baden un personaje que aunque hace años olvidado por la Europa, merece un lugar en esta galería, aun cuando solo sea por el ruido que hizo su nombre en otra época.

D. Miguel María Evaristo, ex-rey de Portugal, nació en Lisboa en 26 de Octubre de 1802, y fué el tercer hijo del rey Juan VI y de su esposa la infanta de España Carlota Joaquina. Seis años contaba cuando siguió á sus padres al Brasil, invadido el reino de Portugal por las huestes francesas, y allí pasó sus primeros años cuidado por personas mercenarias que no procuraron darle ninguna clase de educación. Esto hizo que al volver á Portugal en 1821 no supiese casi ni leer ni escribir, y solo sí con bastante perfección el arte de la esgrima. Entonces fué cuando su madre, después de manifestarle (á lo que aseguran algunos historiadores) que el rey no era su padre, á fin de escitarle á la rebelión, le puso á la cabeza del partido absolutista. En 2 de Junio de 1822, D. Miguel se sublevó por primera vez, y perdonado, volvió á alzarse, y también en vano, en el siguiente año secundado por el ministro de la Guerra Suberra. Con aparente arrepentimiento pudo otra vez obtener perdón y el título de generalísimo de los ejércitos portugueses, y en breve, después del asesinato del íntimo consejero de su



D. Miguel de Braganza.

padre, el marqués de Loulé, promovió una tercera sedición (30 de Abril de 1824). encarceló á los ministros y espulsó al rey su padre, quien debió únicamente su restauración á la intervención enérgica de los embajadores extranjeros. El infante,

desterrado junto con su madre por decreto de 12 de Mayo, se retiró á París y luego á Viena, en cuya capital cultivó algo su inteligencia, y se dobló al ascendiente del príncipe de Metternich.

Muerto el rey Juan VI en 1826, la hermana mayor del infante, por nombre Isabel María, fué proclamada regente, al tiempo que D. Pedro, emperador del Brasil y heredero legítimo del trono portugués, lo cedía á su hija de menor edad Doña María de la Gloria, cuya mano ofrecía á D. Miguel con el título de regente. A pesar de la grave incompatibilidad entre el cargo de regente y el título de esposo de la reina, aceptó el infante, y consintió después de vacilar mucho tiempo, en jurar la Constitución. En 1828 hizo su entrada en Lisboa, y después de disolver las Cortes convocó las antiguas constituyentes, las cuales, en unión con una parte del pueblo, le proclamaron rey. Al propio tiempo dijo no acceder en lo del matrimonio con su sobrina Doña María, y esta que ni siquiera pudo desembarcar en Portugal, hubo de hacer rumbo á Inglaterra para volver al Brasil. Los generales Palmella y Villalor, que intentaron sostener su causa, fueron vencidos, y la insurrección de Oporto reprimida. La isla Terceira fué el único punto de Portugal en que pudieron mantenerse los partidarios de Doña María.

El infante, reconocido como rey por España é Inglaterra, ejerció muy duramente su absoluto poder, y al morir la reina madre en 1830 era tan fatal el estado de la Hacienda, que para pagar á Inglaterra no tuvo mas recurso que ofrecer al gabinete de Londres que rebajaría en dos terceras partes

los aranceles. Pero á poco de la isla Tercera, el espíritu de resistencia, favorecido por los sucesos de Francia, llegó al continente, y aquella potencia se declaró defensora de Doña María. En 1831 el almirante Roussin capturó en el Tajo la escuadra portuguesa, y D. Pedro se embarcó en el Brasil para mandar en persona una expedición contra su hermano. Las Azores cayeron en su poder, y después tuvo igual suerte la ciudad de Oporto, en la cual fué otorgada á Portugal una Constitución á nombre de Doña María II. Los ingleses se declararon al fin contra D. Miguel, y el capitán Napier destruyó sus últimos buques en el Cabo de San Vicente, al tiempo que entraba en Lisboa el general Villastor (Julio de 1833). La lucha duró algunos meses al rededor de la capital, pero fallido D. Fernando VII de España y enviada por el nuevo gobierno, al que movían muy distintas ideas, una división española en auxilio de Doña María, D. Miguel hubo de firmar en 29 de Mayo de 1834 la capitulación de Evora. Desterrado perpetuamente del reino, embarcóse para Génova en 1.º de Junio: llegado allí, protestó de una capitulación arrancada con violencia, y marchó á Roma, donde el Papa le reconoció por único rey. Después, D. Miguel ha conservado siempre este título en la emigración, en la cual ha vivido completamente oscurecido y olvidado; casó en 1851 con la princesa Adelaida de Lowenstein Wertheim Rosenberg, de la cual deja tres hijas y un niño, Miguel, como su padre, que nació en 19 de Setiembre de 1853. C.

LOS ESPAÑOLES

TALES COMO ERAN EN EL SIGLO XVII.

IV.

¿Qué buscaba el español de hace doscientos años, desdeñoso de todo lo que constituye el bienestar de la vida, ageno á todo trabajo, indiferente á todo adelanto y contrario á todo eso que con el nombre de *negocio* constituye el alma de la sociedad moderna? Las sensaciones fuertes, eso es lo que constituía el afán de la raza española, según la viagera cuyo libro recorremos. En esta tierra de áridas sierras, de abrasadores estios, de ciervos helados, entre tantos contrastes físicos se había formado un temperamento tan duro y tan enérgico como el país, resistente y tenaz, rudo y violento, todo huesos, nervios y músculos; concentrado y tenso siempre, indócil á la expansión de franca alegría, á la tranquilidad de la flemma pacífica.

Madame d'Aulnoy, en presencia de los españoles del siglo XVII recuerda á los guerreros hispanos de quienes nos hablan Tito Livio y Strabon, aquellos guerreros vestidos de negro, obstinados, indómitos, silenciosos, estoicos ante la muerte. El *comfort* les es indiferente, no hay en el mundo raza mas sóbria, y tal cual la encontraron los romanos, viene figurando en los siglos posteriores. Nuestra escritora dice que en la última guerra un ejército español vivía en la abundancia en los puntos en que un ejército francés apenas podía mantenerse, y un ejército inglés perecía de hambre. Mil veces les oía repetir la frase, aun corriendo, de que *se debe comer para vivir, no vivir para comer*. «Raras veces, dice, se reúnen los amigos para comer y regalar juntos, y son casi desconocidos los excesos de la gula. Son muy sóbrios en el vino; las mugeres no lo prueban, y los hombres solo echan un trago. El dictorio mas humillante es llamar á alguien *borracho*. En una mesa, cargada de vagalla de plata, veis por todo manjar un palomino y un par de huevos. Toda sensualidad de paladar les es desconocida: por la índole del clima ó por los hábitos que conservan de los moros, viven como los beduinos, tomando un bocado para entretener el estómago, y alimentándose al parecer del ambiente que respiran ó de sus propios pensamientos.» A Madame d'Aulnoy le parecía, por otra parte, tan bueno el clima que *un huevo hacia el mismo provecho que en otra parte un pollo*, y cita el caso del marqués de Mancera que era ya viejo y toda su vida la había pasado tomando un vaso de agua de nieve con una cucharada de conserva de rosa al levantarse, chocolate para almorzar y frutas ó ensalada para comer. Pero, la misma historiadora reconoce que este era un caso escepcional, y nos describe en estos tér-

minos la comida ordinaria de las clases acomodadas.

«Por la mañana al levantarse se toma un vaso de agua helada, é inmediatamente después el chocolate. Se come á mediodía, y no se sirve al señor de mas campanillas cosa mas suculenta que un par de pichones y algun asado lleno de ajo y pimienta, ensalada y frutas. Luego viene la siesta. A las dos en invierno y á las cuatro en verano se visten para ir á paseo. Al anochecer toman dulces, chocolate y helados, y van á las tertulias. A las once se retira todo el mundo. Marido y muger se acuestan; se cubre la cama con un gran mantel, y los criados, enanos y enanas en las casas de los magnates, sirven la cena, que es tan frugal como la comida. La señora bebe sendos vasos de agua, el señor apenas prueba el vino, y terminada la cena, cada cual se duerme como puede.»

En cuanto á sabor, el mas fuerte era el preferido. Las salsas le parecían horribles á la dama francesa; el ámbar y la pimienta negra alternaban en ellas. «No hay medio, dice, entre manjares todos aromatizados de dulcísimas esencias, y platos llenos de azafran, ajo, cebolla, pimienta y otros condimentos irritantes. En cada país el adobo de la comida se acomoda al temperamento del hombre; aquí todo lo que irrita es preferido. Hay muger que toma seis tazas de chocolate una tras otra, y esto suele repetirse dos ó tres veces al día. No hay que extrañar, pues, que estén tan secas, pues nada hay mas cálido, y además todo lo comen con tantas especias, que deben tener las entrañas quemadas.»

Estas últimas indicaciones nos llevan á hablar de la muger española, tal cual nos la pinta, con vivos colores, la escritora estrangera. Ni en la muger, ni en su trage descubria esta nada de lo que provoca la sensualidad positiva, y por el contrario hallaba en ellas todo lo que es propio para exaltar la imaginación acalorada. «En ninguna parte, dice, he visto mugeres mas pequeñas. El corpiño es bastante alto por delante, mas por detrás baja el escote hasta media espalda, lo cual no es muy agradable, pues están flacas como abadejos y además muy morenas. No es esto un defecto para ellas, y por el contrario tienen horror á la gordura. Uno de sus atractivos es no conocerse el pecho, lo cual logran impidiendo desde niñas su desarrollo, por medio de un vendaje especial. Estos esqueletos ambulantes desaparecen bajo la profusión de sus numerosas faldas de telas fuertes y ricas, adornadas con encajes y galones de oro y plata. Bajo de todas estas faldas, que aun en lo mas fuerte del verano son siete ú ocho, llevan una blanca, de encaje de Inglaterra ó de muselina bordada de oro, ancha de cuatro ó cinco varas. He visto algunas que cuestan quinientos ó seiscientos escudos.»

«Todo esto forma una gran balumba, sobre todo cuando se sientan en las iglesias, en el suelo, con las piernas cruzadas. Las manos, largas y estrechas, salen de anchas mangas de tela de oro y plata, mezcladas con vivos matices rojos y verdes. El pecho lo llevan lleno de medallas y reliquarios. Los collares de perlas ó diamantes dan diez ó doce vueltas á la garganta. Las arracadas son mas grandes que la mano. Cosidas á las mangas van *Agnus Dei* y pequeñas imágenes de plata. Sobre este escaparate de diamantista, se levanta la cabeza, viva y animada, toda llena de moscas de diamantes y mariposas de esmeraldas y rubies. Los cabellos negros y abundantes son tan relucientes que puede uno mirarse en ellos. El rostro, que lavan con una mezcla de azúcar candi y clara de huevo, parece charolado. Las megillas, la barba, la parte superior de la nariz, la parte inferior de las cejas, el lóbulo de la oreja, la palma de la mano, los dedos y los hombros, los tiñen con un ligero baño de carmin. El perfume de pastillas aromáticas quemadas y la esencia del azahar, embalsaman el trage, de modo que todos los sentidos son excitados por tantos chispeantes y fantásticos atractivos.»

«Cuando caminan parece que vuelan: en cien años no aprenderíamos las francesas este modo de andar. Van sin levantar los pies, como si se deslizasen. La llama interior brilla sobre todo en los ojos. Son tan vivos, tan ideales, hablan un idioma tan tierno y tan inteligible, que aunque solo tuvieran esta hermosura, seria lo bastante para sojuzgar los corazones.»

Pero ¿cuál es la índole del amor que inspira ese ser espiritualizado, ardiente, misterioso que envuelve sus atractivos en esa envoltura caprichosa

de seda, oro y pedrería? A esta pregunta responde largamente Madame d'Aulnoy, que como muger, y muger de la corte de Luis XIV, conocia á fondo la materia; mas el asunto merece capítulo aparte.

J. de D.

LA CONCIENCIA.

—Niño que al ave robada de su nido martirizas, eso es malo y no debieras....

—¿Quién eres tú que así gritas?

—Soy la Conciencia.

—Pues calla,

Que soy niño y voy de prisa.

—Malhayas el muchachuelo que tus estudios olvidas, que á tu padre tanto cuestan....

—¿Quién eres tú que así gritas?

—Soy la conciencia.

—Pues calla,

Voy á mis juegos con prisa.

—Tú que amor juras mentido á la candorosa niña, que dejarás deshonorada....

—¿Quién eres tú que así gritas?

—Soy la Conciencia.

—Pues calla,

busco el placer, voy de prisa.

—¿En dónde estais las locuras que niño me entretenais, de la juventud los goces, y las glorias de la vida? Con los achaques y el frio de la vejez, no se cuidan, ilusiones y placeres, de mi existencia afligida. ¡Me dejan!

—Yo estoy contigo.

—No es tu voz su voz amiga.

—Soy la Conciencia.

—Pues calla,

—Húyeme como solias.

—¡Ay, no puedo, y tu no callas y tu voz me martiriza!

Eduardo Alard.

LOS POETAS ITALIANOS.

Estudios histórico-literarios.

IV.

Dante. Su vida y carácter.

Dos elementos entran á formar la poesía: el elemento personal, subjetivo, el que el poeta encuentra en lo íntimo de su ser, el que se manifiesta en la revelación de esas voces interiores que todo hombre siente resonar en el fondo del alma; y el elemento objetivo, general, social, el que se forma en la mente del vate por la reflexión y concentración de las ideas, de los sentimientos, de las creencias, de las aspiraciones del siglo y del país en que vive, el que le hace ser, no un soñador encerrado en la esfera de su personalidad, sino el representante de todo un pueblo, el eco de toda una época.

Estos dos elementos nunca están completamente separados, puesto que ni el poeta *individual* (permitásenos este calificativo) puede cerrar por completo su alma á esa atmósfera que forma la

vida comun de la humanidad en cada período histórico, ni el poeta social puede dejar de imprimir á sus obras el sello de su carácter, por mas que los sentimientos y las ideas generales sean los que le inspiran. Pero segun las circunstancias de los tiempos y tambien segun la indole del génio del poeta, predomina uno ú otro de esos distintos elementos; y así vemos que en las épocas de entusiasmo, de fé, de vigor y de lucha apasionada, la poesia se apodera de los ideales de la sociedad combatiente; y que cuando sobrevienen dias de desencanto, de duda, de mezquinas contiendas y egoistas intereses, falta el númen de vida en esa atmósfera rarificada, va á refugiarse en lo mas íntimo del alma del poeta y se alimenta allí con los sueños de su mente, apartada del movimiento general.

Haciendo aplicacion de estas observaciones á los comienzos de la poesia italiana, notaremos que esa pasion amorosa que analizamos en el anterior artículo, y que era una depuracion filosófica de la viciada galanteria caballeresca, no era la expresion completa de un siglo atormentado por la solucion de gravísimos problemas que apasionaban todos los ánimos y ponian en lucha todas las fuerzas vitales de la sociedad. Mientras suspiraban muellemente los últimos poetas provenzales y los primeros poetas italianos, los opuestos elementos que encerraban en confuso caos los gérmenes de la vida moderna, chocaban entre sí con esa violencia que forma el carácter de la Edad Media, elaborando en aquel encendido crisol que la pasion y la fé alimentaban, las ideas y las instituciones de nuestros tiempos. Italia era el centro de la actividad intelectual que daba origen á estas luchas; allí combatian el pontificado con el imperio, la iglesia en la sociedad civil, la república con la monarquía, el estado llano con la aristocracia, los teólogos con los juriscónsultos, el derecho romano con el derecho canónico y con el derecho feudal, allí nacia la ciencia política y la diplomacia, allí comenzaba á surgir, con el estudio de la literatura antigua, la aurora del renacimiento clásico, y todas estas tendencias, en un tiempo de violencia, de pasion, de fé, producian un movimiento vertiginoso que precisamente debia encontrar su revelacion poética en un génio que penetrado de la idea del siglo y mezclado en sus virulentas luchas, no se satisficiera con ese ideal amoroso que adoraban los poetas platónicos en el fondo de su ociosa soledad.

Dante tuvo el triste y glorioso privilegio de ser el hombre de su siglo. El amor y la religion, la ciencia y la política, la fé y el odio, todo se concentró en su sér y animó su vida atormentada, para inspirar el gran poema que es la revelacion mas completa y característica de la Edad Media. Recorramos, pues, la lamentable historia de ese mártir del génio, combatido, desterrado, condenado á la hoguera por sus conciudadanos, escomulgado por el Papa despues de muerto, y que triunfa de todos y casi es elevado á los altares como profeta y como santo por los hijos de los que tan rudamente le habian perseguido.

En Mayo del año de gracia 1274 celebraban la fiesta del mes de las flores los Portinari, noble familia de Florencia. Nadie sin duda entre aquellos galanes y damas, notaria la admiracion con un niño de nueve años contemplaba á la hija de la casa, la pequeña Bice (diminutivo de *Beatrice*), niña de ocho años «muy hermosa y de mayor gravedad que su tierna infancia prometia (1).» Aquella mirada inadvertida era la primera chispa de una hoguera á cuyo calor habia de brotar la *Divina Comedia*; aquel niño era Dante.

Dante (abreviatura de Durante) habia nacido en 1265. El sol se hallaba en la constelacion de Géminis, y Brunetto Latino, el hombre docto de la época, poeta, filósofo y astrólogo, predijo que el recién nacido llegaría á lo mas alto de la gloria por su saber y su talento.

Si esta predicción contribuyó á perfeccionar la educacion del futuro grande hombre, no fue perdida la ciencia adivinatoria del buen Brunetto. A este confió la instruccion del Dante su madre Bella, y el astrólogo enseñóle cuanto en aquel tiempo se sabia, la filosofía platónica y aristotélica, la teología, la historia sagrada y profana, el latín, el provenzal, algo de griego, música y dibujo.

Pero de poco hubieran servido estas abstrusas

lecciones, si el amor no hubiera animado la viva inteligencia del jóven florentino. Aquella niña de las fiestas de Mayo quedó grabada como una ilusion risueña en su memoria. Nueve años despues volvió á encontrar al jóven Dante, fijó sus ojos en él, y le saludó cortesmente. El amor reveló entonces su génio al poeta, y la hermosura de Beatriz fué el objeto de sus sonetos y canzoní. Nueve años despues murió, sin corresponder á su pasion y casada con un esposo querido. El intenso dolor de su amante hizo que mil visiones escitasen su enferma imaginacion. Boccacio describe en los siguientes términos el efecto que produjo en Dante la muerte de Beatriz. «Tanto por su continuo llorar y por la aliccion que encerraba en el pecho, como por no tomar ningun cuidado de su persona, se habia convertido en una cosa salvática, flaco, desgreñado el cabello y la barba, distinto completamente de como antes era, de modo que su aspecto, no solo á los amigos, sino á todos los que lo veian inspiraba lástima y compasion.» Y queriendo el poeta que todos tomasen parte en su aliccion anunció á los príncipes de que Dios habia llamado á su seno aquella alma, digna solo del cielo; y detenía á los peregrinos que iban á Roma «pensando quizás en cosas que no tenian presentes» para que oyese de Beatriz aquellas palabras que tienen la virtud de hacer llorar á los que las escuchan. Pero despues tuvo «una maravillosa vision en la que vió cosas que le hicieron tomar la resolucion de no decir nada sobre aquella bienaventurada hasta que pudiese hablar mas dignamente de ella, y se dedicó tenazmente al estudio para decir de ella lo que jamás se ha dicho de ninguna muger.»

La ciencia y el amor, la inteligencia y la inspiracion bastaban para formar del Dante un gran poeta; mas para que fuese el cantor de su siglo, el fiel representante de la edad media, era preciso que sintiese las rudas emociones, los odios fraticidas de las luchas civiles; y su carácter altivo y enérgico acabó de adquirir su temple extraordinario en las violencias brutales de una época de fuerza desordenada, y en los terribles infortunios que, como maldicion eterna del orgullo del génio, pesaron sobre su frente.

La cuestion religiosa, uniéndose á la política produjo la lucha de la Italia con la Alemania, de la Iglesia romana con el Imperio, y el triunfo de los guelfos entregó á sí mismas á las municipalidades emancipadas; pero su reconquistada libertad no estaba asentada sobre las sólidas bases de la razon y la justicia; no era una fraternidad patriótica, sino la victoria de una bandera ambiciosa; no era el triunfo del espíritu de nacionalidad, sino el de los celos de las localidades: así es, que la gloriosa lucha contra los tudescos se convirtió en otra lucha de rivalidad entre los comunes vecinos; y aun dentro de unos mismos muros, las rencillas de los gremios armados ó de las familias dominantes ensangrentaban las casas de los ciudadanos, convertidas en fortalezas.

Dante participó del entusiasmo patriótico de los republicanos en su lucha con los partidarios del imperio. En la expedicion que los guelfos de Florencia y de Bolonia hicieron contra los gibelinos de Arezzo, empuñó las armas y en la batalla de Campaldino (1289) dió notables muestras de su guerrero ardimiento. Al año siguiente asistió tambien á la campaña contra los pisanos, y tomó parte en el asalto del castillo de Caprona. En aquellas guerras entre ciudades vecinas, encarnizadas como todas las intestinas contiendas, el carácter de nuestro poeta adquirió la dureza que las desgracias de su vida habian de exagerar mas tarde.

Vencedores los guelfos, el poeta sirvió á su patria en el consejo, como antes en el campo de batalla. Catorce veces partió con diferentes embajadas á los señores y ciudades con quienes Florencia tenia tratos, y pudo conocer á todos los hombres notables de Italia. En aquella época de sosiego (1291) casó Dante con una noble dama, Gemma di Donati, de quien tuvo varios hijos; pero esto no impidió que tras algunos años de desacuerdos domésticos, se separase de su muger, á la que nunca quiso ver de nuevo. El adusto poeta no habia podido reemplazar con un nuevo amor el culto que tributaba al objeto ideal de su juvenil cariño.

En 1300 Dante, que figuraba en el gremio de médicos y boticarios, fue nombrado prior de las artes, y entró á formar parte de la magistratura suprema de la república. Tormentosos eran los tiempos: la bulliciosa é infecunda libertad que ha-

bian dado á los comunes italianos los guelfos vencedores, produjo una reaccion en las ideas, que dió por resultados sucesivos la eleccion de los *podestás*, dictadores populares y legales; la usupacion de los nobles, que fueron convirtiendo en principados hereditarios las turbulentas repúblicas, y el deseo de una nueva dominacion imperial que diese unidad y fuerza á la dividida Italia. Estas eran las tendencias de los *blancos*, que en Florencia luchaban con los *negros*, los cuales conservaban en su puritanismo las doctrinas guelfas. En aquel partido estaban afiliados los *Alighieri*, y Dante tomó una parte activa en todas sus contiendas, hasta colocarse al frente de él con su saber y energía. Como prior de Venecia, opúsose á la venida del príncipe Carlos de Anjou, llamado por los *negros* y por el Papa, que le habia dado la investidura del reino de Sicilia. El angevino entró en Italia, los *negros* triunfaron en Florencia, los *blancos* fueron desterrados y Dante condenado á ser quemado vivo (27 Enero 1302).

Aquí comienza la dolorosa odisea de la proscripción del poeta florentino. Veinte largos años vivió en el destierro, atormentado por sus resentimientos, sediento de venganza, revelándose contra los hombres y contra las cosas, viendo morir una á una todas sus esperanzas. En 1304 hicieron los proscritos de Florencia una tentativa para volver, las armas en la mano, á su ciudad querida; pero no encontraron auxilio; y cuando vió que los emperadores de Alemania desoian á los que les llamaban de nuevo á Italia, desesperó de la salvacion de su patria, la maldijo y renegó de ella, llamándose *florentinus natione non moribus*; y terminó su vida en la misantropia del desencanto, aguijoneado por una dolorosa ansiedad que le hacia ir de ciudad en ciudad pidiendo albergue á los señores, cuya proteccion humillante no podia sufrir su carácter irascible y orgulloso.

Pero aquella fantasia que mantenian en constante ebullicion indomables pasiones, apartada de las esperanzas terrenas, incubó una obra en la cual se concentraban toda la fé, toda la ciencia y todos los odios del Dante. En los castillos de los magnates, ó recorriendo los caminos en su peregrinacion eterna, se le veia fruncido el ceño, avismada la mirada en lejanos mundos y absorto como ante una vision de la otra vida.

Un fraile del monasterio de Santa Croce del Corvo escribia en aquellos tiempos á un amigo suyo una carta en que hablaba en estos términos del proscrito Dante Alighieri:

«Acudió aquí, al pasar por la diócesis de Luni, por devocion á este lugar, ó por otro motivo que ignoro. Cuando le vi, como ni los hermanos ni yo le conocíamos, preguntámosle qué queria y á quién buscaba. Como no nos respondia, y observaba en silencio las columnas y ogivas del claustro, le volví á preguntar qué queria y á quién buscaba. Entonces volvió pausadamente la cabeza, y fijando una mirada sombría en los hermanos y en mí, respondió, «busco la paz.» Esta respuesta me dió mayor curiosidad de saber quién era aquel hombre. Le llamé aparte, y habiendo cambiado con él algunas palabras, le conocí; pues aunque no le habia visto antes, su fama habia llegado á mis oídos.

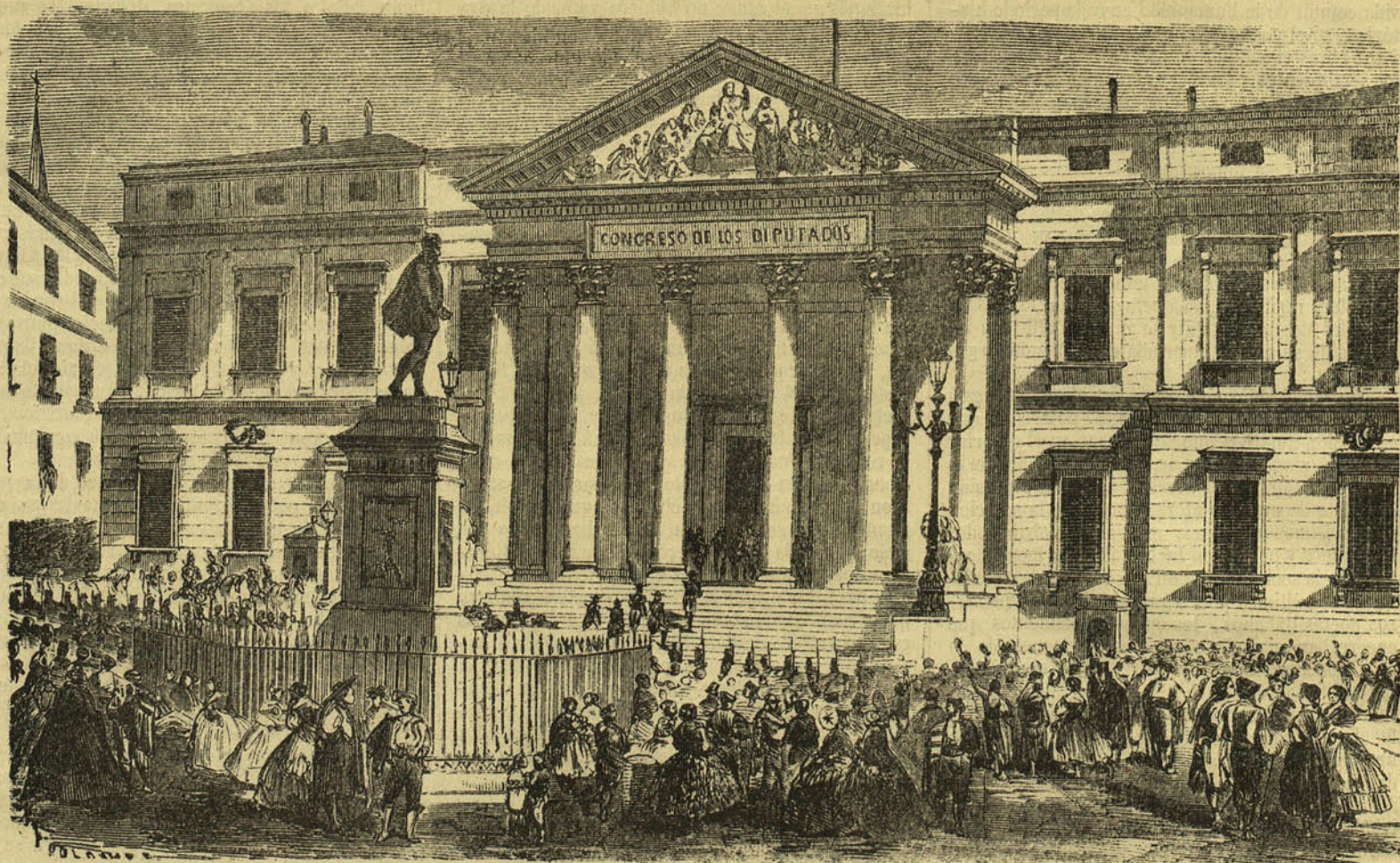
«Cuando vió que todos le consideraban atentamente y conoció el interés que nos inspiraba, sacó un libro del pecho, lo abrió con severa dignidad, y me lo presentó diciendo: «Hermano, esta es una parte de mi obra, que aun no es conocida. Te dejo este recuerdo, no olvides al proscrito.»

Aquel libro desconocido, era la *Divina Comedia*, era el gran poema que sintetizaba toda aquella época, el triunfo del génio del poeta sobre todos sus enemigos, condenados por él al fuego del infierno.

La fama del libro del Dante cundió muy pronto por toda la Italia: aquella vision de los mundos sobrenaturales impresionó vivamente á una generacion creyente y entusiasta: el vengativo vate adquirió ante el vulgo el prestigio de los profetas, y al pasar por las ciudades y las aldeas salian las mugeres á las puertas y esclamaban: *mirad al hombre que ha venido del infierno*. Florencia se conmovió ante las desgracias y la gloria de su hijo: se le propuso el regreso; pero con condiciones, á las que no pudo avenirse la altivez del desterrado, que murió en Ravena, donde le habia hospedado Guido Novello (14 de Setiembre 1321.)

Ravena conserva todavia sus restos. En 1429 la ciudad de Florencia pidió sus cenizas, que le fueron negadas, y en 1483, Bernardo Bembo, padre del cardenal poeta, Pedro Bembo, gobernador

(1) Boccacio: *Vida del Dante*, la primera biografia que existe de nuestro poeta.



Congreso de los Diputados en Madrid.



Trajes y Armaduras militares en el Japon.



LA CORRECCION MATERNAL.

de Ravena por la señoría veneciana, erigió un marmóreo sepulcro, en el que algunos enfáticos versos latinos celebran la memoria del primer poeta italiano.

Pero si Florencia no pudo recobrar los huesos de su glorioso y desgraciado hijo, le tributó la mayor de las apoteosis que aquel siglo religioso podía conceder, elevando una tribuna en el recinto de la catedral, donde se explicase al devoto pueblo la misteriosa vision del Alighieri, cuyo sombrío retrato figuraba en el templo, al lado del de los doctores y los santos de la iglesia (1).

Teodoro Llorente.

CONGRESO DE LOS DIPUTADOS.

Próximamente á abrirse las cortes españolas, publicamos en este número la vista exterior del Palacio del Congreso en el acto de entrar en él S. M. la Reina para inaugurar las sesiones.

Decretada en 20 de Mayo de 1834 por la Reina Gobernadora la reunion en Madrid de las Cortes generales del reino, y no existiendo un local apropiado para ello, se habilitó la iglesia y convento que habia sido de padres del Espíritu Santo, incendiado el año 1823. Allí continuó sus sesiones el Congreso de los Diputados hasta el año 1841, en que habiéndose declarado ruinosa una parte del edificio, se trasladó al teatro de Oriente mientras se construía un Palacio para la representacion nacional.

El 10 de Octubre de 1843 se inauguraron las obras con gran solemnidad, colocando la primera piedra S. M. la Reina Doña Isabel II declarada mayor de edad.

El objeto del edificio está simbolizado en el gran fronton del pórtico principal, que reproducimos en este número y con la inscripcion *Congreso de los Diputados*, colocada sobre un targeton de mármol blanco en el friso de la cornisa. En el centro de la fachada se halla la puerta principal del edificio, á la que se sube por una gran escalinata, bajo un pórtico saliente formado por seis columnas corintias con sus correspondientes contrapilastras. Sobre este pórtico sienta el cornisamento, cuyo friso se halla interrumpido por la citada inscripcion, terminando el todo por un frontispicio triangular en cuyo tímpano existe un bajo relieve.

A los lados de la escalinata se encuentran dos grandes leones que han sido durante muchos años de yeso; hasta últimamente se colocaron dos magníficas figuras de mármol blanco.

Frente al palacio del Congreso se encuentra la estatua de Cervantes, obra del escultor D. Antonio Solá que la modeló en Roma, fundiéndola los célebres artistas prusianos Luis Jollage y Guillermo N. Hospgarten, por orden del Rey D. Fernando VII. En el pedestal se lee la siguiente inscripcion: «*á Miguel de Cervantes Saavedra, principe de los ingenios españoles, año 1835.*»

ARMAS Y TRAGES MILITARES DE LOS JAPONESES.

Uno de los adelantos mas notables de la civilizacion en nuestros dias es el haber abierto á la actividad europea los misteriosos imperios del Asia Oriental. La China está, por decirlo así, subordinada á la Europa, desde que una insignificante columna de fuerzas francesas é inglesas se apoderó de Pekin; y ahora está llamando la atencion de los que miran con interés lo que pasa en aquellas apartadas regiones, las cuestiones que los europeos han tenido con el Japon, que han concluido por abrir este imperio sus puertas al comercio de las grandes naciones occidentales, que en él pueden encontrar un manantial de grandes riquezas y adelantos.

(1) Bocacio, el primer biógrafo del Dante, nos ha dejado su retrato, que corresponde exactamente con su conocido busto.

«Fu questo nostro Poeta, dice, di mezzana statura, e poché alla matura età fu pervenuto, andò alquanto gravetto, et era il suo andar grave é mansueto, di onestissimi panni sempre vestito, in quello abito che era alla sua matura età convenevole: il suo volto fu lungo, il naso aquilino, gli occhi anzi grossi che piccioli, le mascelle grandi, e dal labbro di sotto era quel di sopra avanzato: il colore era bruno, i capelli e la barba spessi, neri e crespi e sempre nella faccia maiinconico e pensoso.

El Japon es un pais muy interesante, cuya explotacion abre vastos horizontes á la industria europea. Aquellas estensas islas, pobladas por mas de treinta millones de habitantes tan activos y laboriosos como los chinos, pero mucho mas fuertes, enérgicos y emprendedores, ofrecen un cuadro sorprendente con sus ciudades populosísimas, sus campiñas primorosamente cultivadas, sus caminos mejor conservados que los paseos de Europa, sus industrias fabriles tan perfeccionadas en algunos ramos, su comercio interior tan activo y tan inteligente, todo lo cual asombra á quien contempla por primera vez aquel mundo, oculto hasta ahora á nuestras miradas.

Daremos á conocer en las columnas de EL PANORAMA lo mas notable de aquel pais, y hoy publicamos un curioso dibujo del armamento del ejército japonés, que asciende á ciento veinte mil soldados, aunque muchos de ellos armados mas á la ligera que los que aparecen en nuestro grabado con cascos y corazas que recuerdan la panoplia de los siglos medios en Europa. Es curiosa esta coincidencia, y mas si se tiene en cuenta que el régimen político del Japon guarda grandes analogías con el antiguo feudalismo germánico.

En cuanto á los adornos y la forma de los arneses militares, se nota en los del Japon el mismo gusto caprichoso que reina en la China, y que presenta las extravagancias de las líneas curvas de una manera tan característica.

LA CORRECCION MATERNAL.

(Cuadro de M. D'Aubry.)

El grabado que figura en la página 29 es una copia de un delicioso cuadro de un pintor francés, del siglo pasado, que no es muy conocido, y que sin embargo tiene algunas obras notables, como es la que reproducimos.

El asunto es muy sencillo y se lee fácilmente en el cuadro. El cazo de la leche para el desayuno de la madre y de la abuelita, está calentándose en la hornilla. Pero ¡oh desgracia! ese revoltoso rapazuelo, en sus aturridos juegos lo ha hecho rodar al suelo, vertiendo la sabrosa leche, y dejando sin almuerzo á las dos pobres mugeres. ¡Es preciso castigar al picaruelo! Ya está preso entre las rodillas de su madre; ya levanta esta los azotes ¡pero el inocente reo implora el perdón con tanto cariño! La buena abuela, olvidada ya del desastre, intercede por su nietezuelo.... ¿Era necesaria esta intervencion? Diríase que no, al observar el rostro de la madre, en el que una forzada severidad, á duras penas puede reprimir la risa que retoza en los comprimidos lábios. La mano vengadora cae sin fuerza sobre el culpable, y todo va á acabar con un beso.

¡Inocente idilio del amor maternal!

Fiesta nocturna del Club de patinadores en el bosque de Boulogne.

Las costumbres inglesas privan en Paris. La *high life* (alta vida) parisien procura amoldarse en todo á los hábitos británicos, hasta en el color de los cabellos que las elegantes tiñen de rojo para asemejarse á las seductoras *miss*.

Las carreras de caballos y las de patines constituyen la suprema dicha de la sociedad distinguida de la Babilonia francesa, y alternan segun las estaciones. El *Jockey-Club* y el *Scating-Club*, son los centros de la juventud dorada, derrochadora y triunfante de Paris. El segundo, cuyo nombre inglés traducido al castellano significa Sociedad ó reunion de los patinadores, ha dispuesto este invierno, en un terreno que ha adquirido en el celebrado *Bois de Boulogne*, el paseo aristocrático de Paris, funciones magníficas, de las que se han ocupado todos los periódicos, y de las que dá exacta idea uno de los grabados que ilustran este número de EL PANORAMA.

Un claro del bosque, cubierto de hielo; pero en el cual el agua no tiene la profundidad que ocasiona desgracias como la de *Regent's Park*, á la que nos referíamos en el número anterior, era iluminada caprichosamente á la veneciana, con resplandecientes antorchas y numerosos farolillos. Una música militar amenizaba la funcion, y los

miembros del club, á cuya invitacion respondian las damas mas elegantes, se entregaban en medio de aquel cuadro seductor y misterioso de la noche, al placer de resbalar velozmente sobre el hielo. El sexo débil, que en Paris y en otras muchas partes no tiene nada de débil cuando se trata de entregarse á los caprichos del placer y de la moda, se aventura tambien sobre el terso hielo y no contento con volar sobre los ligeros trineos, que empuja con briosa mano el *cabalier servente*, calza los patines, y recogiendo las faldas, de modo que quede al descubierto la torneada pierna, se desliza sobre la cristalina superficie, trazando grandes curvas, en cuyo rápido movimiento puede una muger apuesta y elegante lucir la donosura de su cuerpo y la gracia de su ademán.

No faltará quien crea que entre todos estos sugetos que se esponen al frio de una noche de Febrero por obedecer á las exigencias de la moda, con inminente peligro de un porrazo sobre el fresco hielo, los mas sensatos y afortunados son los cocheros que aparecen en el grupo de la derecha, calentándose filosóficamente al amor de una chispeante hóguera; pero estamos seguros de que ninguna de nuestras lectoras es de este parecer.

LA AZUCENA TRONCHADA.

(Soneto acróstico.)

Al fresco borde de argentada fuente
Auras rindiendo al respirar amores,
Muestra, y abate las gallardas flores
Azucena gentil su pura frente.
Letal el viento rebramar se siente
Y sucumbe la Flor; vi sus colores
Agostarse, morir, y en mis dolores
Brotó esta idea en la abatida mente.
Asi del mundo á la fatal tormenta
Tronchar la Flor de la Esperanza veo;
Leve ceniza que el pesar aumenta
La luz tornarse que encendió el deseo;
Emblema fiel de la existencia humana
Ser, brillar hoy y sucumbir mañana.

Eduardo Gomez Mazparrola.

EL MONTE DE LAS ANIMAS.

III.

Habia pasado una hora, dos, tres, la media noche estaba á punto de sonar cuando Beatriz se retiró á su oratorio. Alonso no volvía, no volvía, y á querer, en menos de una hora pudiera haberlo hecho. Habrá tenido miedo, exclamó la jóven cerrando su libro de oraciones, y encaminándose á su lecho, despues de haber intentado inútilmente murmurar algunos de los rezos que la iglesia consagra en el día de difuntos á los que ya no existen.

Despues de haber apagado la lámpara y cruzado las dobles cortinas de seda, se durmió: se durmió con un sueño inquieto, ligero, nervioso.

Las doce sonaron en el reló del Postigo. Beatriz oyó entre sueños las vibraciones de la campana, lentas, sordas, tristesísimas y entreabrió los ojos. Creía haber oído á par de ellas pronunciar su nombre; pero lejos, muy lejos, y por una voz ahogada y doliente. El viento gemía en los vidrios de la ventana. Será el viento, dijo, y poniéndose la mano sobre el corazon procuró tranquilizarse. Pero su corazon latía cada vez con mas violencia. Las puertas de alerce del oratorio habian crujido sobre sus goznes con un chirrido agudo, prolongado y estridente.

Primero unas, y luego las otras mas cercanas, todas las puertas que daban paso á su habitacion iban sonando por su orden, estas con un ruido sordo y grave, aquellas con un lamento largo y crispador. Despues silencio, un silencio lleno de rumores estraños, el silencio de la media noche, con un murmullo monótono de agua distante, lejanos ladrillos de perros, voces confusas, palabras ininteligibles, eco de pasos que van y vie-

nen, crujir de ropas que se arrastran, suspiros que se ahogan, respiraciones fatigosas que casi se sienten, estremecimientos involuntarios que anuncian la presencia de algo que no se vé, y que, no obstante, se nota su aproximación en la oscuridad.

Beatriz, inmóvil, temblorosa, adelantó la cabeza fuera de las cortinas y escuchó un momento. Oía mil ruidos diversos; se pasaba la mano por la frente, tornaba á escuchar; nada, silencio.

Veía, con esa fosforescencia de la pupila en las crisis nerviosas, como bultos que se movían en todas direcciones, y cuando dilatándolas las fijaba en un punto, nada, oscuridad, las sombras impenetrables.

—¡Bah! exclamó, volviendo á recostar su hermosa cabeza sobre la almohada de raso azul del lecho; ¿soy yo tan miedosa como estas pobres gentes, cuyo corazón palpita de terror bajo una armadura, al oír una conseja de aparecidos?

Y cerrando los ojos intentó dormir.... pero en vano había hecho un esfuerzo sobre sí misma; pronto volvió á incorporarse mas pálida, mas inquieta, mas aterrada. Ya no era una ilusión; las colgaduras del brocado de la puerta habían rozado al separarse, y unas pisadas lentas sonaban sobre la alfombra; el rumor de aquellas pisadas era sordo, casi imperceptible, pero continuado, y á su compás se oía crujir una cosa como madera ó hueso. Y se acercaban, se acercaban, y se movió el reclinatorio que estaba á la orilla de su lecho. Beatriz lanzó un grito agudo, y rebujándose en la ropa que la cubría, escondió la cabeza y contuvo el aliento.

El aire azotaba los vidrios del balcón; el agua de la fuente lejana caía, y caía con un rumor eterno y monótono; los ladridos de los perros se dilataban en las ráfagas del aire, y las campanas de la ciudad de Soria, unas cerca, otras distantes, la ciudad tristemente por las ánimas de los difuntos.

Así pasó una hora, dos, la noche, un siglo, porque la noche aquella pareció eterna á Beatriz. Al fin despuntó la aurora; vuelta de su temor, entreabrió los ojos á los primeros rayos de la luz. Después de una noche de insomnio y de terrores, ¿es tan hermosa la luz clara y blanca del día! Separó las cortinas de seda del lecho, tendió una mirada serena á su alrededor, y ya se disponía á reírse de sus temores pasados, cuando de repente un sudor frío cubrió su cuerpo, sus ojos se desecaron, y una palidez mortal descoloró sus mejillas; sobre el reclinatorio había visto sangrienta y desgarrada la banda azul que perdiera en el monte, la banda azul que fué á buscar Alonso.

Cuando sus servidores llegaron despavoridos á noticiarle la muerte del primogénito de Alcudiel, que á la mañana había aparecido devorado por los lobos entre las malezas del monte de las Animas, la encontraron inmóvil, crispada, asida con ambas manos á una de las columnas de ébano del lecho, desecados los ojos, entreabierta la boca, blancos los labios, rígidos los miembros, muerta; muerte de horror.

IV.

Dicen que después de acaecido este suceso, un cazador estraviado que pasó la noche de difuntos sin poder salir del monte de las Animas, y que al otro día, antes de morir, pudo contar lo que viera, refirió cosas horribles. Entre otras, se asegura que vió á los esqueletos de los antiguos templarios y de los nobles de Soria enterrados en el átrio de la capilla, levantarse al punto de la oración con un estrépito horrible, y caballeros sobre osamentas de corceles, perseguir como á una fiera, y una muger hermosa, pálida y desmeñada, que con los pies desnudos y sangrientos, y arrojando gritos de horror, daba vueltas alrededor de la tumba de Alonso.

LA CORONA FUNEBRE.

Por D. Félix Pizcueta.

I.

En la alcoba de una miserable habitación hay un pobre lecho, sobre el que descansa una muger pálida y ajada por el sufrimiento.

Un joven de azules ojos y rizada cabellera rubia está sentado junto á la cabecera, observando

con creciente ansiedad el abatimiento y postración de la enferma.

Por las mejillas del joven ruedan dos lágrimas silenciosas.

Sus labios se mueven calladamente como si murmurasen una oración, sus ojos se apartan de vez en cuando de aquella muger para dirigirse suplicantes al cielo.

Un ahogado suspiro de la enferma le obliga á inclinarse precipitadamente sobre ella.

Coloca su temblorosa mano sobre el pecho de aquella desgraciada para conocer por los latidos de su corazón si existe todavía.

Pega su rostro á los labios de la moribunda para sentir en él la impresión de su aliento.

—¡Vive! exclama después de un momento de observación, con el acento de la mas pura alegría. Vive, y su corazón que late con fuerza, y su respiración cada vez mas tranquila, me indican, que por esta noche, al menos, su vida no corre peligro alguno. Si yo pudiera abandonarla una hora solamente, una hora....

—Hijo mío, murmuró de pronto aquella muger entreabriendo sus amortiguados ojos; ¿estás aquí? mira, no te separes de un solo instante de mi lado; temo morir lejos de tu presencia sin tener el doloroso consuelo de estrecharte por última vez entre mis brazos.

—No temas, madre mía, no me separo ni un minuto de tu cabecera. ¿Dormías por ventura hace un instante?

—No, hijo de mi alma.

—¡Estabas, sin embargo, tan silenciosa!

—Es que pensaba en tí, en tu muerte, en tu porvenir, en tu aislamiento cuando yo te haya abandonado para siempre.

—¡Que locura! interrumpió el joven esforzándose en vano por mostrar una sonrisa á su madre; desecha esos tristes pensamientos; tú vivirás, tú recobrarás muy pronto la salud, y días de felicidad y de ventura sucederán á estas horas de dolor.

—¡Imposible! murmuró por lo bajo la desgraciada enferma moviendo tristemente la cabeza.

Ambos guardaron un profundo silencio.

El joven, después de contemplar por un momento á su madre, con una expresión de melancólica ternura, sacó del bolsillo de su gabán un papel impreso que se puso á leer á la escasa luz de un quinqué que había en un rincón de la alcoba.

Aquel papel era un anuncio de teatro.

Eduardo, que así se llamaba el joven, lo leyó repetidas veces, y una amarga sonrisa contraído convulsivamente sus labios. Después apretó el papel entre sus manos murmurando palabras ininteligibles, y dejando caer su cabeza sobre la almohada en la que descansaba su madre, comenzó á llorar amargamente.

II.

El aspecto que ofrecía aquella habitación era muy triste.

La muerte, el dolor y la miseria se habían reunido en aquel espacio para trazar uno de sus mas sombríos cuadros.

La noche era muy fría y el viento penetraba silbando á través de las desnudas tablas que servían de tabique á la habitación.

El silencio era profundo.

La incierta y misteriosa luz que despedía la vacilante llama del quinqué, era mas pavorosa que las mismas tinieblas.

El frío sudor de la madre y las ardientes lágrimas del hijo se mezclaban y confundían sobre la blanca almohada de la cama.

Oíase á lo lejos el sordo murmullo de la multitud que transitaba bulliciosa por la calle. Aquel rumor llegaba hasta los oídos de Eduardo, como la voz de la vida y de los placeres.

Un reloj inmediato dió lentamente ocho campanadas, é inmediatamente se oyeron desde el cuarto de la moribunda los dulcísimos acentos de una orquesta que tocaba la sinfonía de *La Norma*.

Eduardo se levantó instantáneamente de la silla comprimiendo con ambas manos su corazón.

La enferma entreabrió sus ojos, lanzando en torno suyo una mirada llena de asombro y estupor.

Se oyó en la calle una confusa gritería, como la que produce la multitud al empujarse en distintas direcciones, y después nada. Solo la orquesta continuó poblando el espacio con aquellas sublimes armonías, recuerdo purísimo de un ángel cuyas alas apenas tuvieron tiempo de mancharse en el cieno de este mundo.

(Se continuará).

MODAS DE PARIS.

Paris 20 de Febrero.

La caprichosa moda tiene también momentos de cansancio, y ahora está indudablemente en uno de ellos. Las variaciones que hoy puedo anunciar á mis lectoras, son de poca monta, y se refieren exclusivamente á los trajes de casa y de reunión. En la temporada de invierno solo ha habido un gran baile en el palacio de las Tullerías, en el cual la Emperatriz apareció sencillamente ataviada con un traje de tul blanco, decorado con una guirnalda de flores, en la parte inferior de la falda, sembrada de gruesos diamantes que figuraban gotas de rocío.

Hállase en voga un elegante traje de reunión, llamado por el nombre de la dama que lo ha introducido á lo *Dora de Istria*. Se compone de una falda de raso, color Habana, cuyo borde está doblado y guarnecido con un galon de oro fino. Sobre el vestido va una túnica de terciopelo de igual color, adornado á la orilla con un bies de raso, mangas perdidas de terciopelo, con otras interiores de raso, siempre del mismo color Habana. Estas mangas interiores van perfectamente ajustadas y guarnecidas al puño con galon de oro.

El traje llamado *capricho* es de tul negro á mo-tas, con entredoses de azabaches á todas las costuras, y con un doble volante á la parte inferior. Esta falda va muy hueca sobre un viso de raso de color gris-perla. El corpiño es alto, adornado del mismo modo que la falda.

Uno de los trajes para carretela mas elegantes, es de terciopelo verde, con un paletó de la misma tela, adornado con grupos de plumas blancas. Se lleva sobre una falda de seda china, color de rosa encendido.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

Figura 1.ª, traje de baile. Falda interior de raso blanco, adornada á la cintura con una cenefa de gusto griego y cuentas de color verde claro. Falda exterior de gasa de seda verde claro, con bullones dispuestos horizontalmente, mas corta por delante que por los lados y por detrás. Del hombro derecho cae una guirnalda de campanillas blancas, que llegan hasta la parte inferior de la primera falda.

El cuerpo, muy bajo, es de tafetan blanco adornado con cuentas verdes. La camiseta de muselina blanca rizada. Una guirnalda que corresponde á la del vestido forma el adorno de la cabeza.

Figura 2.ª, traje de mañana. Vestido de sotana con corpiño bajo de tafetan negro muy bordado, y guarnecido de un fleco de felpilla por los lados y en la base de la falda. El cuerpo interior es de cachemira carmesí, con mangas largas y ajustadas, salpicado de pequeños azabaches negros. Tirantes de tafetan, con lazos de cinta negra á los hombros. Falda interior de cachemira carmesí, que hace juego con el cuerpo.

Figura 3.ª, traje de reunión. Vestido de cola de raso color rosa, adornado en el bajo de la falda con dos bullones de crespón del mismo color. Salida de baile ó de ópera, que debe llevarse como un chal desplegado, de terciopelo violeta con adornos de hilo de oro, y guarnecido de un ancho fleco de oro fino. Al cuello se lleva una chalina de terciopelo de color violeta, cuyas largas puntas deben estar guarnecidas como la salida de baile, cayendo por detrás sobre una capucha de forma cuadrada.

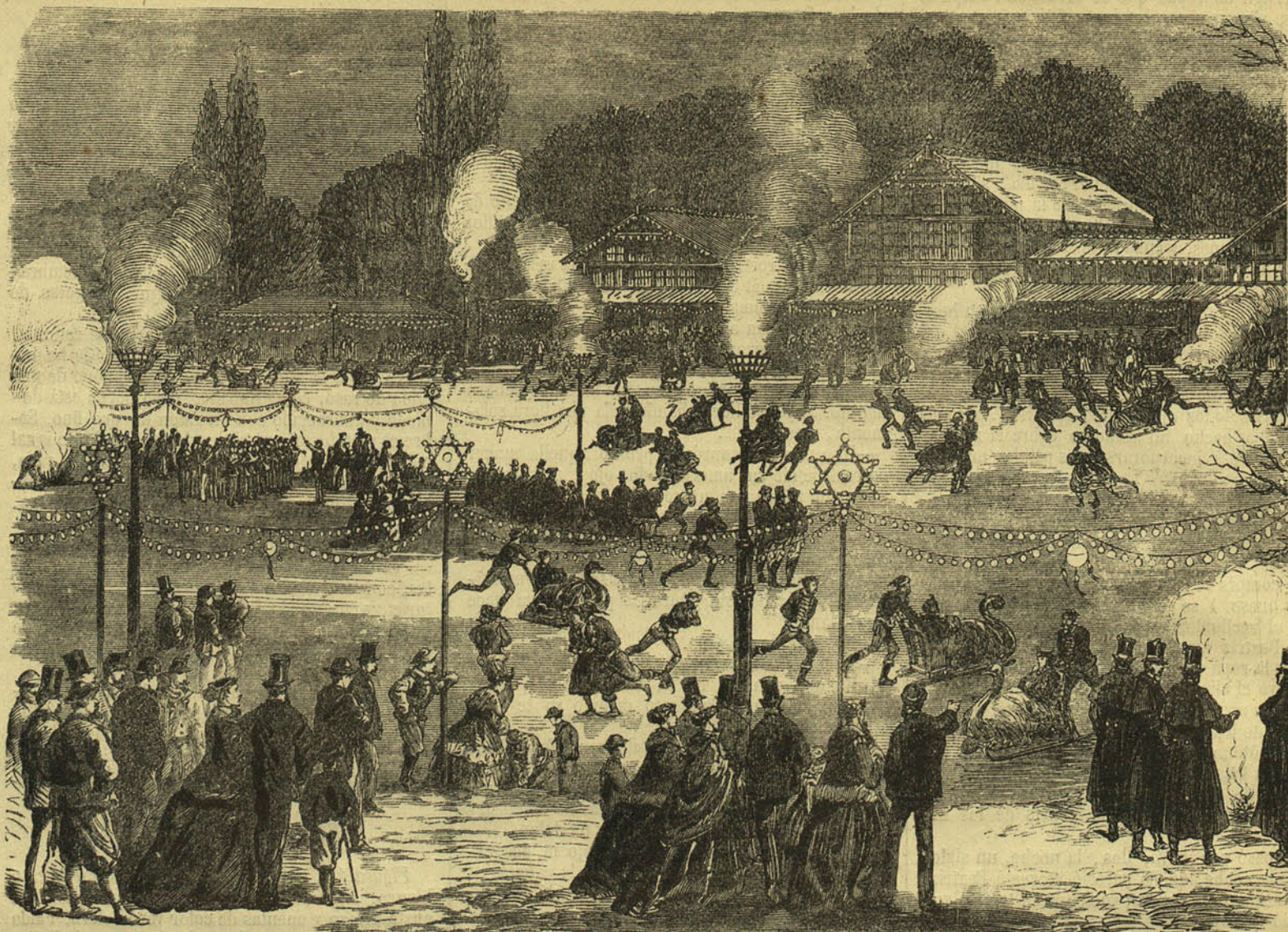
La cabeza va adornada de camafleos de coral montados sobre oro.

Figura 4.ª, traje para carruaje. Vestido de cola, de *poult de soie* formando grandes puntas guarnecidas de tiras de terciopelo de color violeta y rodeadas de un encañonado de la misma tela que la falda.

El cuello es de terciopelo violeta y penden de él dos tiras de lo mismo, guarnecidas de *guipoure* blanco, que bajan á los dos lados de la falda y se unen con la cola, por medio de un grandísimo lazo.

Las mangas se ajustan al brazo y están adornadas en los puños y hombros con terciopelo color de violeta guarnecido de *guipoure* blanco.

La falda interior que es de la misma tela que el vestido está guarnecida en su tercio inferior con tiras estrechas y horizontales de terciopelo negro.



Fiesta nocturna de los patinadores en el bosque de Boulogne.



MODAS DE PARIS.

Valencia. Imprenta de José Domenech, editor responsable, Avellanas, 27.